

Sobre *El lector de Julio Verne*

«En un viaje de 2004 mi amigo Cristino Pérez Meléndez, hijo de guardia civil, me contó una historia de su infancia en la que yo vi inmediatamente una novela. *El lector de Julio Verne* es esa novela, la novela de Cristino, que aquella noche me habló de los que se echaron al monte y de Cencerro, de su valor, de su arrogancia, de la leyenda de los billetes firmados y de su muerte heroica en la Sierra Sur de Jaén, y me contó cómo era la vida del hijo de un guardia civil en una casa cuartel como la de Fuen-santa de Martos, donde las paredes no sabían guardar secretos y los gritos de los detenidos llegaban hasta las camas de los niños, igual que llegó hasta sus oídos, una noche, la preocupación de su padre por un hijo tan bajito que no iba a dar la talla de mayor, y al que por eso obligó a aprender a escribir a máquina.»

ALMUDENA GRANDES

Almudena Grandes

EL LECTOR DE JULIO VERNE

La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror

Jaén, Sierra Sur, 1947-1949

(Fragmento)

TUSQUETS
EDITORES

EPISODIOS DE UNA GUERRA INTERMINABLE

PLAN DE LA OBRA

I. Inés y la alegría

El ejército de la Unión Nacional Española y la invasión del valle de Arán,
 Pirineo de Lérida, 19-27 de octubre de 1944

II. El lector de Julio Verne

La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror,
 Jaén, Sierra Sur, 1947-1949

III. Las tres bodas de Manolita

El cura de Porlier, el Patronato de Redención de
Penas y el nacimiento de la resistencia clandestina contra el franquismo,
 Madrid, 1940-1950

IV. Los pacientes del doctor García

El fin de la esperanza y la red de evasión de jercarcas nazis
dirigida por Clara Stauffer,
 Madrid-Buenos Aires, 1945-1954

V. La madre de Frankenstein

Agonía y muerte de Aurora Rodríguez Carballeira
en el apogeo de la España nacionalcatólica,
 Manicomio de Ciempozuelos (Madrid), 1955-1956

VI. Mariano en el Bidasoa

Los topos de larga duración,
la emigración económica interior y los 25 años de paz,
 Castuera (Badajoz)-Eibar (Guipúzcoa), 1939-1964

—Mercedes —mi padre estaba muy despierto.

—Qué —ella le respondió sin embargo con una voz pastosa, rescatada del sueño.

—Me preocupa Nino —y a partir de ese momento, ni ellos ni yo, que estaba al otro lado de la pared, pudimos dormir.

—¿Nino? ¿Por qué? Don Eusebio dice que va muy bien en la escuela.

—No, si el chico listo sí es, muy despejado, eso ya lo sé. Pero crece muy poco.

—Ya crecerá más.

—O no. Y lo que me da miedo... Si sigue así, no va a dar la talla, Mercedes. Y si no da la talla, no va a poder entrar en el Cuerpo.

—¿Pero qué estás diciendo, Antonino? Te recuerdo que tu hijo todavía tiene nueve años.

—¿Y qué? Más vale prevenir que curar, ¿no? Si de mayor mide más de uno sesenta, puede ser guardia civil, pero si no llega... Por eso he pensado que lo mejor es que aprenda a escribir a máquina.

—¿Qué?

—Escribir a máquina, Mercedes, y luego que estudie francés, y al acabar la escuela... Pues no sé, Contabilidad, o algo por el estilo. Así podría hacer oposiciones para secretario de Ayuntamiento, o de oficinista, en la

Diputación. Si es bajito pero listo, aunque no dé la talla, nadie se reirá de él, y podrá ganarse la vida mejor que yo, ¿o no?

—Mira, Antonino, yo no sé quién te ha metido a ti esas ideas en la cabeza, pero te voy a decir...

—No me digas nada, Mercedes. Tú hazme caso y no me des consejos.

La sentencia rotunda, fulminante, con la que mi padre ponía fin a todas las discusiones, instauró en su dormitorio un silencio que tardó mucho tiempo en conquistar mi interior, estrujado por media docena de ideas agridulces y contradictorias. (...)

En los malos tiempos, los niños crecen deprisa. Los de mi infancia fueron los peores, y a los nueve años yo ya tenía muy claro que no quería ser guardia civil, que no quería volver a viajar esposado a un prisionero, que no quería vivir en una casa cuartel, que no quería darle miedo a la gente, ni saber que escupían al suelo en cuanto les daba la espalda, ni que me hicieran la pelota el alguacil y el boticario, ni tener que hacérsela yo a don Justino y al alcalde, ni aguantar la chulería de ningún sargento borde y malencarado, y no digamos ya que mi mujer tuviera que aguantar los humos de la señora de un teniente gordo al que le olieran los pies. Yo no quería ser guardia civil, no quería compartir un único retrete con todos los culos de otras siete familias, ni detener a mis vecinos, ni llevarlos esposados por la calle, ni preguntar a mis hijos al día siguiente qué tal les había ido en la escuela y escuchar cómo me decían que bien, muy bien, y que fuera mentira.

A los nueve años, yo quería conducir coches de carreras, mudarme a Granada, o a Madrid, y si no, vivir como

Pepe el Portugués, tener una casilla pequeña, al pie de la sierra, y una huerta, un caballo, unos pocos animales, unos pocos amigos y estar lejos, lejos del pueblo, lejos del teniente y de su señora, lejos del alcalde y de don Justino, lejos del alguacil y del boticario, lejos, para subir al monte a pescar truchas y a coger setas a la luz del día y cuando yo quisiera, y no volver a casa de madrugada, con la capa tiesa de hielo, escarcha en el bigote y un catálogo de juramentos entre los labios, o no volver. Eso quería yo, y sin embargo, nunca se me había ocurrido que no tuviera la oportunidad de elegir no ser guardia civil.

Romero, el compañero de mi padre, era hijo de guardia. Sanchís, el sargento que se quedaría como jefe de puesto cuando Michelín se volviera a Málaga y que no me caía nada bien, porque era un atravesado que disfrutaba amenazando a la gente con la impunidad que le garantizaba su pasado de héroe de guerra, también se había criado en una casa cuartel. En la misma situación estaba Curro, que sólo tenía veintidós años y como le sobraba sitio, porque aún no se había casado, me dejaba ir a estudiar a su casa, tres habitaciones contiguas a las nuestras. Pero la historia de mi padre era distinta.

Él había nacido en Valdepeñas de Jaén, muy cerca de Fuensanta de Martos, y no se había movido de allí hasta que le tocó hacer la mili en Melilla. Fue entonces cuando empezó a escribirse con la hermana de otro recluta que se llamaba casi igual que él, Antonio, y a la que al principio le cayó en gracia por un malentendido. Ella creía que sólo había un pueblo llamado Valdepeñas en el mundo y pensó que allí, con tantas viñas, tantas bodegas, nunca faltaría trabajo. Por eso, y aunque desde el

primer momento él le confesó que era jornalero sin tierras, igual que su padre, y que su abuelo, y que su bisabuelo, y así hasta Adán y Eva poco más o menos, ella se dijo que con él no estaría mal. Al terminar la mili, mi padre volvió a la península en el Melillero, y con la excusa de recibir a su hermano, que venía en el mismo barco, mi madre fue al puerto de Almería para conocerle. Cuando se enteró de la verdad, y fue Jaén y no Ciudad Real, y fueron olivos y no viñas, y almazaras en lugar de bodegas, él ya la había besado y a ella le había gustado, así que se casaron y para no tener que elegir entre el mar y la sierra, se fueron a vivir a un lugar equidistante y ajeno, igual de nuevo para los dos.

Hasta ahí, me sabía la historia. Había visto muchas veces una fotografía que madre guardaba en la cómoda, padre y ella vestidos de domingo, muy jóvenes los dos, muy sonrientes, con mi hermana Dulce recién nacida y envuelta en mantillas a pesar de la luz, el sol que se filtraba a través de una parra en un patio cuadrado, pequeño y limpio. Cuando me la enseñó por primera vez, madre me explicó cómo era aquella casa que habían alquilado en Valderrubio, un pueblo de Granada rodeado de plantaciones de remolacha, con varias fábricas de azúcar que pagaban el trabajo de un obrero serio y cumplidor mejor que los terratenientes de Valdepeñas, y sin necesidad de capataces que fueran todos los días a la plaza del pueblo a humillar a los hombres señalándoles con el dedo, hoy trabajas tú, hoy tú no trabajas... La primera vez que vi aquella foto, madre me lo explicó todo muy bien y que allí habían sido muy felices, más que en ningún otro lugar, en ningún otro momento. Quizás por eso, y porque aquella felicidad duró muy poco, dos años

escasos, nunca volvió a darme detalles, y cuando sacaba la foto para mirarla, decía solamente, qué bien nos fue allí, qué felices éramos entonces, y cerraba los ojos un instante, como si quisiera apreciar mejor aquel recuerdo, o porque le dolía el tiempo que había vivido después.

Hasta ahí, me sabía la historia. De lo que pasó más tarde, apenas conocía frases a medias, razonamientos inconclusos que no llegaban a la categoría de enigmas pero que tampoco tenía recursos suficientes para resolver. Había estallado una guerra que había partido España en dos mitades, y mis padres estaban en una, y sus dos familias en la otra. Él se alistó voluntario para que no le pasara nada a su mujer ni a su hija pequeña, fue a parar a una compañía de la Guardia Civil y luego, ya, allí se quedó. En medio de la guerra y en aquella casa de Granada de la que no conservaba ningún recuerdo, nació yo, hijo fortuito, inoportuno, de un permiso. Y padre, que me conoció con más de un año, habría dado cualquier cosa a cambio de que le destinaran lejos de su pueblo, pero no había podido evitar que sus superiores se enteraran de que conocía la Sierra Sur como la palma de la mano, así que le habían mandado a Fuensanta de Martos, a dos pasos de Valdepeñas de Jaén, donde la guerra no había terminado todavía por más que don Eusebio se empeñara en contar en voz alta los años de paz en algunas fechas señaladas.

Mi padre era guardia civil por casualidad, no porque mi abuelo lo hubiera sido antes que él, y por esa misma razón, nunca se me había ocurrido pensar que estuviera esperando que yo siguiera sus pasos, pero tampoco imaginaba que se preocupara tanto por mí. Su inquietud, conmovedora y angustiosa a la vez, me desorientó por

dentro, como si al escucharle hubiera mordido el relleno ácido de un pastel dulce, el corazón podrido de una fruta verde. Él no podía dormir porque pensaba en mí, y yo no dormía porque en el centro de sus desvelos latía la decepción de ser mi padre, de haber engendrado a un niño que crecía muy poco, menos que su hermana, menos que los hijos de los otros guardias, menos que sus compañeros de la escuela.

Yo no tenía la culpa. A mí me habría gustado ser tan alto como Paquito, el hijo de Romero, que había acabado el verano anterior con pantalones de dos colores, porque a mitad de agosto su madre ya le había sacado el dobladillo y tuvo que echarle una pieza, empalmando una tira de una capa vieja de su padre, para conseguir que los bajos se le acercaran a las rodillas. Los míos apenas se movieron del sitio durante todas las vacaciones. Madre decía que era una suerte, y sonreía, pero los dos sabíamos que a ella le habría encantado rematar con un trozo de tela verde mis pantalones grises, y a mí, ir hecho un mamarracho de dos colores, igual que Paquito.

Yo no tenía la culpa, pero aquella noche me sentí culpable, y sin embargo, igual que la grandiosidad del mar había afirmado mi alegría de ser de tierra adentro, la amargura de hacer sufrir a mi padre vino envuelta en la certeza de su amor, todo el amor que cabía en aquel hombre serio y taciturno, que no era aficionado al pan milagroso de los besos y abrazos que su mujer repartía sin que se agotaran nunca, y que sonreía poco, jamás como en la fotografía que le hicieron en aquellos tiempos en los que fue feliz.

El intrincado hallazgo del amor de mi padre, la llama secreta que ardía entre las tinieblas de su preocupa-

ción y mis centímetros, me calentó la cama cuando la botella no conservaba ya otra temperatura que la de mi cuerpo. Entonces, por fin me dormí, y al despertarme, comprobé que aquella noche había vuelto a helar. Paquito entró en mi casa corriendo cuando todavía no me había dado tiempo a terminar el desayuno, para enseñarme su botella nueva, en una funda gris, jaspeada, que era más fea que la mía, de rayas azules y blancas. Si un día antes hubiera podido contemplar aquella escena por un agujero, si hubiera podido verme en el instante en que respondí al desafío del hijo de Romero levantando mi propia botella con las manos y la arrogancia de un pistolero más veloz que su enemigo, me habría estremecido de orgullo y de placer. Pero la noche anterior había escuchado algo que nunca debería haber oído, y aquella mañana, todo lo que estaba derecho había amanecido torcido.

Yo era bajito, muy bajito, canijo, como dijeron mis primos de Almería antes de robarme los zapatos, hasta sin saber que así era como me llamaban mis amigos. Incluso ellos, que nunca comían carne, eran más altos que yo. Mi padre lo sabía sin que nadie se lo hubiera contado, y lo sabía mi madre, que me había concedido la gracia de ascender desde la piedra hasta la botella cuando aún no lo esperaba. Y por más que intenté convencerme de que las confidencias de uno y la decisión de la otra habían coincidido por azar, no logré desprenderme de una sospecha incómoda, humillante, y cuando me fui a la escuela con Paquito, estaba seguro de que la botella que apretaba entre los brazos no era un galardón que yo me hubiera ganado, sino una amorosa treta con la que madre intentaba que no me sintiera inferior a los demás.

Hasta aquel día, el futuro no había existido para mí. Desde entonces, tuvo la forma exacta de una barra graduada, rematada por un tope que iba subiendo y bajando de cabeza en cabeza cuando la usaban en el cuartel para medir a los quintos. ¿Dónde estás hoy, Nino?, me preguntó el maestro varias veces. Yo me enderezaba contra el respaldo de la silla, levantaba la cabeza, miraba al encerado y le pedía perdón por haberme distraído, pero no me atrevía a decirle la verdad, a contestarle que estaba atrapado sin remedio en el futuro. (...)

Yo no quería ser secretario del Ayuntamiento, ni oficinista en la Diputación, yo quería conducir coches de carreras, y si no, arrendar un molino, como el Portugués, y tener un huerto, y un caballo, y vivir lejos del pueblo para subir al monte cuando me diera la gana, a coger setas y a pescar truchas, y sin embargo iba a tener que aprender a escribir a máquina, y a hablar francés, y las matemáticas se me daban bien, se me daban bien la gramática y las ciencias naturales, pero no sabía si iba a poder con la máquina, y sin embargo sabía que tenía que poder, porque lo que no podía era decepcionar a mi padre dos veces seguidas, y si diera la talla y dijera que no quería ser guardia, probablemente no pasaría nada, pero como no la iba a dar, tendría que trabajar en una oficina aunque no quisiera, y a lo mejor me llamarían don Antonino, y mi padre estaría orgulloso de que me ganara la vida mejor que él, pero me la ganaría peor, porque las cosas nunca son como parecen.

Cuando salí de la escuela, creí que la cabeza me iba a estallar, tantas horas llevaba pensando en lo mismo. Estaba seguro de que al volver a casa, madre me sonreiría, me besaría tanto como siempre, más quizás, me anunciaría

que padre había tenido una idea y luego llegaría él, lo despacharía todo con un par de frases, yo haría como que no sabía nada, diría que todo me parecía muy bien, le daría mucho las gracias, y estaría sentado delante de una máquina de escribir antes de darme cuenta. Eso era lo que iba a pasar, y sin embargo, no pasó nada, excepto que el mundo se puso boca abajo.

Había pasado otras veces, tantas que casi pude respirarlo en el aire antes de leerlo en algunos rostros, sonrisas que no veía desde antes del verano, y la taberna de Cuelloduro llena y vacía al mismo tiempo, los parroquianos en la calle, cada uno con su vaso en la mano, pagando rondas por turnos. No necesitaba saber nada más, porque la madre de Paquito salió a buscarnos, y nos cogió a cada uno de la mano para tirar de nosotros como si todavía fuéramos críos chicos, sin molestarse en darnos ninguna explicación.

—A casa, vamos, deprisa, y sin rechistar.

—¿Pero qué ha pasado, madre?

—¡He dicho que sin rechistar!

El mundo se había puesto boca abajo, y aquella noche, padre no volvió a casa hasta mucho después de la hora de cenar. No hubo conversación, ni máquina de escribir, ni promesas ni disimulo, sólo el rumor constante de las quejas de madre, por una vez olvidada del frío.

—Y quién me mandaría a mí casarme con un guardia civil, a ver, quién me lo mandaría, con lo bien que estaba yo en mi pueblo para que me dejen viuda con tres hijos cualquier día de estos...

Aquella tarde ni siquiera nos dejó salir a jugar al patio. Estuve todo el tiempo sentado a la mesa de la cocina, haciendo los deberes y ninguna pregunta, porque sa-

bía de sobra que mi madre no iba a ser más elocuente que la de Paquito, pero mi hermana Dulce, que se había enterado de todo, me lo contó en un susurro.

Que a la una de la tarde, con la cara descubierta y a plena luz del día, como en los buenos tiempos, los del monte habían cortado la carretera para asaltar al alcalde de Alcaudete.

Que alguien les había avisado de que llevaba encima veinticinco mil pesetas para pagar al contratista que le estaba haciendo una casa nueva a su suegro.

Que cuando acababan de quitarle el dinero, vieron venir por la carretera a un hombre con pinta de muerto de hambre, y al preguntarle qué hacía por allí, les explicó que venía de buscar un jornal, pero que no habían querido cogerle en ninguna cuadrilla de las que ya habían empezado a varezar la aceituna.

Que al mirarle bien, las alpargatas reventadas, los dedos gordos al aire, la piel quebradiza, amarillenta, los de arriba comprendieron que nadie quería darle trabajo porque estaba enfermo.

Que su jefe hizo entonces lo que tantas veces había hecho Cencerro, sacar cuarenta duros del fajo de billetes del alcalde, pedirle a aquel hombre que recordara lo que estaba a punto de pasar, y darle doscientas pesetas después de reconocer en voz alta que las necesitaba más que ellos.

Que cuando el jornalero se fue, encerraron al chófer y a su pasajero dentro del coche, tiraron las llaves al suelo, les advirtieron que les dejaban con vida para que pudieran contarlo, gritaron ¡Viva la República!, y no tardaron ni cinco minutos en desaparecer.

Que cuando llegaron los guardias de su pueblo, el al-

calde había dicho, como todos, como siempre, que no había reconocido a ninguno de los hombres que le habían robado y que, por el acento, no debían de ser de por aquí.

Que por supuesto, los guardias de Alcaudete no se lo habían creído.

Y que hacia las cinco y media, cuando estaba recogiendo las mesas de la comida, el dueño de una venta de Castillo de Locubín, había encontrado en una esquina un billete de veinte duros debajo de una piedra, y en él, escrita a pluma, para que no pudiera borrarse nunca, una frase que se había hecho famosa en toda la provincia de Jaén, «Así paga Cencerro».

*

—Pero Cencerro está muerto, Pepe, y tú lo sabes.

—¿Muerto? No, qué va a estar muerto... —estábamos los dos solos y nadie podía escucharnos, pero miré hacia atrás una vez más, porque no podía creer que estuviera hablando en serio—. ¿Es que no te has enterado de que antesdeayer cortó la carretera y consiguió dinero de sobra para pasar el invierno? ¿No te han contado todavía que volvió a dejar una propina de las de antes en una venta de su pueblo?

—Pero no pudo ser él —insistí, con el aplomo que prestan sólo unas pocas certezas, la muerte siempre.

—Claro que fue él. Firmó el billete, ¿o no? —sólo entonces se echó a reír, y justificó su risa como si me estuviera haciendo un favor—. Cencerro es mucho más que un nombre, Nino, es un símbolo. Tomás Villén Roldán está muerto, sí, lo sé, sé lo mismo que tú, que se sui-

cidó el 17 de julio, en Valdepeñas, y lo llevaron muerto a su pueblo, y todos los vecinos vieron su cadáver. Eso es verdad, pero sólo eso. Tomás Villén Roldán era Cencerro, pero ahora Cencerro es más grande que él. Seguirá vivo mientras haya alguien en el monte que lleve su nombre, y por lo visto lleva dos días resucitado, ya lo sabes.

—Cualquiera diría que te alegras.

—¿Yo? —y se volvió hacia mí con el índice apoyado en el pecho, las cejas arqueadas como dos signos de interrogación—. ¿Cómo voy a alegrarme yo de una cosa así, con la que se nos va a venir encima?

En eso llevaba razón, pero, de todas formas, con él nunca podía estar seguro de nada. Pepe el Portugués era la persona más especial de todas las que conocía, aunque a mi alrededor nadie más pareciera darse cuenta. Al principio, creía que era portugués de verdad, porque el nombre de su pueblo, Torreperogil, me sonaba rarísimo, hasta que padre me dijo que no, que si lo pensaba bien me daría cuenta de que ese nombre significaba Torre de Pedro Gil, y que estaba en la provincia de Jaén, igual que el nuestro, aunque hacia el norte, más allá de Úbeda. Descontando a los guardias y al maestro, que no podían escoger un destino, semejante distancia le convertía en el único forastero permanente de Fuensanta de Martos, pero no era especial sólo por eso.

—¿Y a ti por qué te llaman el Portugués? —le pregunté una de las primeras veces que hablamos los dos solos.

—¡Ah! Eso no lo sé, es el mote de mi familia. La gente dice que mi abuelo sacó una vez a bailar en las fiestas del pueblo a una chica que venía con un feriante y era portuguesa... O igual el portugués era él, vete a saber, ya no

me acuerdo. El caso es que al feriante le sentó mal, se pelearon, y mi abuelo se quedó con ese mote.

—Pero entonces sí que lo sabes —objeté, muy sorprendido.

—No —hizo una pausa para mirarme y echarse a reír, en uno de esos quiebros repentinos a los que era tan aficionado—. Sólo sé lo que dice la gente, pero eso no siempre es la verdad.

Pepe había visto mucho mundo. Nunca había estado en Portugal, pero sí en Francia, y en Madrid, y en Valencia, y en Barcelona, y en Marruecos. Había visto el mar muchas veces, aunque no le gustaba hablar de eso porque decía que todos los sitios son iguales. Yo sabía que no tenía razón, pero tampoco le llevaba la contraria, porque cuando decía que no le gustaba hablar de algo, no había manera de sacarle ni una sílaba. Eso lo había aprendido yo enseguida, el mismo día que le conocí.

—¡Alto! ¡Manos arriba!

Paquito y yo estábamos sentados en la orilla del río, con los pies en el agua. Habíamos ido hasta allí andando, los dos solos, después de la procesión del Corpus, porque aquel día no había clase y hacía, a cambio, mucho calor. El molino viejo era uno de nuestros sitios favoritos precisamente porque estaba abandonado. La dueña, doña Angustias Mariamandil, una de las vecinas más ricas del pueblo, vivía en un cortijo aislado, un poco más arriba, y nunca se había preocupado de alquilarlo porque no necesitaba el dinero. El camino desde el pueblo era una cuesta muy empinada, mucho más incómoda que los senderos que llevaban a otras pozas, y como nunca había nadie, podíamos bañarnos desnudos y volver a casa con la ropa seca. No habíamos hecho nada

más grave, más peligroso que eso, y sin embargo, cuando nos volvimos muy despacio, con las manos en alto, nos encontramos con un hombre que estaba apuntándonos con una escopeta.

—¿Pero qué hacéis vosotros aquí? —Pepe el Portugués bajó el arma al darse cuenta de que sólo éramos unos niños—. ¡Largo! Esto es propiedad privada.

—¡Mentira! —dije yo a voces, para que se diera cuenta de que no era el único que sabía gritar—. El molino está abandonado, pero es de los Mariamandiles. Y el río, de todos.

—¡Ah! ¿Sí, eh?

Y en ese momento, aunque había abandonado las amenazas junto con la escopeta que dejó apoyada en una piedra, Paquito salió pitando. Yo, en cambio, me quedé a esperarle, porque ya había montado en tren, y había visto el mar, y tenía una reputación que defender, aunque fuera muy bajito o precisamente por eso.

—¿Y el otro? —Pepe miró a su alrededor cuando llegó a mi lado, pero mi amigo había escapado a tal velocidad que ya no se le veía.

—Es un cagado.

—Ya... —sonrió como si le hubiera divertido mucho mi respuesta—. Y tú no, ¿verdad?

—Pues no.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—Nueve... —me midió con los ojos, desde la cabeza a los pies—. No eres muy alto para tu edad.

—No, pero tampoco soy un cagado.

—Está bien, está bien... —y levantó las manos en el aire, como si ahora fuera yo quien le estuviera apun-

tando con un arma—. De todas formas, siento mucho haberos dado un susto, pero en los tres días que llevo aquí, desde que arrendé el molino, no había visto a nadie. Y como dicen que la sierra está llena de bandoleros...

—Es verdad, aunque en el pueblo hay gente que no los llama así.

—¡No me digas! —abrió mucho los ojos, como si nunca se le hubiera ocurrido que pudiera existir otro nombre para ellos—. ¿Y cómo los llaman?

—Pues guerrilleros. O maquis. Pero eso lo dicen los rojos.

—Y en tu casa no sois rojos, supongo.

—¡No, qué va! —me eché a reír ante tamaño disparate—. Yo vivo en la casa cuartel. Mi padre es guardia civil.

—Mira... —volvió a sonreír—, qué buen amigo me he echado. ¿Y cómo te llamas tú?

—Antonino, pero me dicen Nino para no confundirme con mi padre, que se llama igual —no pensaba decirle nada más, pero pensé que iba a enterarse enseguida, porque en mi pueblo nadie llamaba a nadie por su nombre—. Aunque también me dicen el Canijo.

—Yo me llamo Pepe —me ofreció la mano, como si estuviera presentándose a una persona mayor, y al estrecharla, mis dedos encontraron que era grande y fuerte, la piel áspera, como la de los hombres acostumbrados a trabajos duros—. Y ahora que nos hemos conocido, me vuelvo arriba. Tengo mucha faena por delante.

—Puedo ayudarte, si quieres —ya había empezado a subir hacia su casa, pero se paró y se volvió a mirarme—. Hoy no hay clase, no tengo nada que hacer.

Estuve con él más de dos horas, clasificando los tras-

tos amontonados en la vivienda y en el molino, quemando en una hoguera los muebles viejos, apolillados, y poniendo cristales nuevos en las ventanas. No nos había dado tiempo a arreglar más que una cuando Paquito vino corriendo a buscarme, y me dijo que me preparara para la bronca que me iba a caer por haber estado toda la tarde fuera de casa. Por el camino, me preguntó qué había hecho, y se lo dije, y me preguntó por qué, cómo se me había ocurrido desperdiciar una tarde libre trabajando a cambio de nada, y no fui capaz de contestarle. Tampoco pude contarle mucho más. Mientras estaba con él, había tenido la sensación de que no parábamos de hablar, pero las preguntas de Paquito me hicieron comprender que había sido yo quien había hablado casi todo el tiempo. Pepe sólo me había dicho que le gustaba el monte, que no le importaba vivir aislado, lejos del pueblo, y que había decidido cambiar de aires porque había tenido un disgusto muy gordo con su novia, pero que no le gustaba hablar de eso. Y yo no había podido sacarle ni una palabra más.

La bronca que me echó madre hizo los honores a las advertencias de Paquito. Antes de mandarme a la cama, me advirtió que estaba castigado sin salir hasta que a ella le pareciera bien decidir lo contrario, y sin embargo, el domingo siguiente volví a subir a casa de Pepe. Padre había ido con Romero a hacerle una visita de rutina, la misma que hacían un par de veces por semana a todos los vecinos que vivían fuera del pueblo, y el nuevo habitante del molino le había caído en gracia.

—Es un chico muy serio, muy formal —tenía ganas de hablar, y empezó a hacerlo antes de probar el gazpacho—, y sin embargo simpático, no creas. Está preocu-

pado por ti, Nino, porque como Paquito te dijo que madre se había enfadado... Parece que tiene buena mano con los olivos, las olivas, como él dice. A eso se dedicaba en su pueblo, y cuenta que le iba bien, pero tenía una novia, y por lo visto, cuando ya les habían echado las amonestaciones, la tía fue y se casó con otro.

—Por algo sería —replicó mi madre, que era mucho más desconfiada que su marido aunque no llevara un tricornio sobre la cabeza.

—Pues sí, por las perras, como siempre. ¿Qué te crees, que no hemos pedido informes? Y no se le ha olvidado, no, que se acuerda de todo como si ella le hubiera dejado plantado anoche mismo. Por eso se marchó de su pueblo, y ahora lo que quiere es vivir tranquilo. Le hemos dicho que esté con los ojos muy abiertos, que se fije en todo, en fin, lo de siempre, que informe de las huellas, de los cambios, de los restos de hogueras que pueda encontrar... ¡Y teníais que haberle visto, el susto que se ha llevado el pobrecillo! A lo mejor no ha sido buena idea venir aquí, nos ha dicho al final —e improvisó una mueca compungida que sus propias carcajadas deshicieron en un instante—, tendría que haberlo pensado mejor.

—¿Y qué quieres? —madre también sonrió—. Si os dedicáis a meterle miedo a la gente...

—No es miedo, Mercedes, es precaución, y ya le hemos dicho que tampoco es para tanto, que estamos seguros de que la base de Cencerro está por la parte de Valdepeñas, y el molino viejo tan apartado que igual se tira allí la vida entera sin ver a nadie. Y a propósito, Nino... Me ha dicho también que, si quieres ir a buscarlas, igual el domingo te puede dar un par de truchas para madre, ¿eh? —me guiñó un ojo y yo le devolví una sonrisa a

cambio—, para que le perdone por haberte entretenido el día del Corpus. Me dijo que le habías ayudado mucho y la verdad es que necesita ayuda, pobre hombre.

—Pues que se la busque en otro sitio —su mujer intentó resistirse—. Nino está castigado.

—¡Pero, madre, si me va a dar unas truchas!

—Sí, claro... Truchas de esas he visto yo muchas, pero lo que es comerlas, todavía no le he hincado el diente a ninguna. Así que, si es por eso...

—Mercedes, déjale ir.

—Que no, Antonino, que no, que no sabes el susto...

—¡Mercedes! —él levantó la voz y ella renunció a terminar la frase—. Hazme caso y no me des consejos.

—¡Ea! Pues lo que tú digas.

Mi madre se enfadó, mi padre siguió comiendo, y yo me callé porque me convenía, pero ya entonces pensé que el Portugués parecía cualquier cosa menos un pobre hombre. Con el tiempo descubriría que, igual que sabía hacer hablar a la gente sin revelar nada de sí mismo, también tenía el don de decirle a cada uno lo que quería oír. Que no hubiera querido contarme a mí la historia de su novia y a padre se la hubiera relatado después con pelos y señales no me extrañaba tanto, porque yo era un crío y él no, pero nadie que hubiera crecido en la casa cuartel de Fuensanta de Martos podía aceptar sin atragantarse que un cobarde recibiera a los extraños con una escopeta cargada entre las manos. Cobardes en mi pueblo había muchos, y cuando se tropezaban con un desconocido, lo que hacían era encerrarse en su casa, echar la tranca de la puerta, levantar los colchones de las camas para apoyarlos contra las ventanas, y apagar todas las lu-

ces. Luego, los que sabían rezar, rezaban, y los que no sabían, también. Pepe el Portugués no tenía mucha pinta de saber rezar, y tampoco necesitaba que la Guardia Civil fuera a avisarle de que en el monte había bandoleros. Ya me lo había dicho él a mí sin que yo le preguntara nada. (...)

*

—¿Y qué, llevas mucho tiempo esperándome?

A las siete menos cuarto, cuando me encontró sentado en el porche de su casa, llevaba allí casi dos horas.

—No —le mentí—. Acabo de llegar.

—Ya —Pepe se rió—. Me alegro. Entra conmigo, anda, y te doy eso. (...) Me lavo un poco, me pongo una camisa limpia y me bajo contigo al pueblo.

Mientras bajábamos juntos la cuesta, le comparé con mi padre, con los otros guardias, con los hombres que conocía, y comprendí que no se parecía a ninguno, y algo más. Nunca en mi vida me había sentido tan cerca de nadie como me sentí aquella tarde de Pepe el Portugués, pero lo que me pasaba era todavía más grande, y tan confuso que no sabía qué nombre ponerle. Era la primera vez que me enfrentaba a la distancia que separa a los ídolos de los modelos, y si alguien me hubiera preguntado si admiraba al hombre que caminaba a mi lado, habría contestado que sí, pero no habría dicho la verdad completa. Yo admiraba a otros hombres, desde lejos y en secreto, aunque me habría dejado matar antes de reconocerlo en voz alta, aunque ni siquiera me atrevía a afirmarlo ante mí mismo porque sabía que estaba mal, que

no debía hacerlo, que era peor que un pecado. Les admiraba, pero no cambiaría mi vida por la suya. Y sin embargo, mientras Pepe me contaba que no tenía mujer porque los hombres como él no se casan nunca, yo no quería parecerme a él, sino ser él, abandonar mi vida para instalarme en la suya, y vivir en el molino viejo, y planchar la ropa durmiendo encima, y pasarme los días al sol y sin camisa, y sonreír con un diente partido, y no tener que preguntarme siquiera de dónde venía mi habilidad para fascinar a la gente, para hacerles hablar a mi antojo y lograr que se fieran de mí hasta quienes desconfiaban de su propia sombra.

—Mírame ahora —Pepe se paró delante de la primera casa del pueblo y se señaló el cuerpo con un dedo—. ¿A que parece que se me ha arrugado por el camino?

Me eché a reír, él correspondió invitándome a tomar una gaseosa, nos sentamos en la puerta del bar de la plaza como dos amigos, dos iguales, dos camaradas disfrutando en paz de la última luz de un domingo de mayo, y cuando volví a casa con las truchas, el jubiloso recibimiento de mi madre me importó menos que la memoria de aquella alegría. Pepe el Portugués ya se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida, un deslumbramiento que desbordó todos los límites para imponerme una distancia casi temerosa. Por eso, aunque aquel verano fui muchas veces, y siempre solo, al molino viejo, nunca le llamé, ni entré en su casa sin avisar. Esperaba a que él me encontrara, y cuando no había suerte, me conformaba con imitarle delante de mis amigos.

—Miguel, dile a tu hermana que salga...

Paquito, que ya había cumplido diez años con su correspondiente estirón, se había enamorado de Encar-

nita, que tenía doce, más o menos la misma estatura, y ninguna sensibilidad hacia las pretensiones que cada tarde ardían hasta consumirse para renacer intactas de sus cenizas al día siguiente.

—Que no, que ya me ha dicho que no quiere ni verte.

—Díselo tú, Canijo, que salga con tu hermana y con las otras, y jugamos a algo todos juntos.

—A mí déjame en paz, Paquito.

—¿Sí? Pues cuando te guste a ti alguna, te vas a enterar...

—¿Yo, de qué? —y entonces, sin levantarme del suelo, conseguí mirarle desde muy arriba—. Los hombres como yo no nos casamos nunca.

—¡Mira tú que también, el tontopollas este!

Todavía estaban riéndose de mí cuando Pepe el Portugués apareció al final de la calle y se acercó despacio, con los pulgares enganchados en los bolsillos del pantalón, la barbilla alta. Parecía uno de esos pistoleros que salían en las portadas de las novelas que vendía la Piriñaca y que siempre prometían mucho más de lo que daban, porque aunque Curro, que las compraba todas, no quisiera prestármelas, de vez en cuando conseguía despistarle para coger una, meterla dentro de mis libros, y leerla mientras hacía que estudiaba. Entonces buscaba ansiosamente las descripciones de mujeres en corsé que su dueño usaba como pretexto para no dejármelas, y nunca las encontraba, sólo tiros y más tiros, emboscadas y duelos que siempre parecían uno solo contado muchas veces. Pero aunque el Portugués se pareciera en su manera de andar a esos aventureros que se llamaban Jack o Billy, no era igual que ellos, porque no me defraudaba nunca.

—Te estaba buscando, Nino. ¿Tienes algo importante que hacer?

—No —contesté enseguida, y me levanté del suelo como impulsado por un muelle, sin tomarme la molestia de volver la cabeza para contemplar la mirada de envidia que compartían Paquito y Miguel—, qué va.

—Pues vente conmigo, anda. Tengo una cosa para ti... Pero diles adiós a tus amigos, ¿no?

—Adiós —dije, y por fin les miré, y ya no se reían.

Cuando habíamos andado un trecho, se volvió y me dijo que no me hiciera ilusiones.

—Es sólo una cesta de brevas, para tu madre, pero se me ha ocurrido que igual preferías que ellos no se enteraran de tan poca cosa.

Aquel día era 15 de julio de 1947, víspera de la Virgen del Carmen, y todo estaba en su sitio todavía. Lo recuerdo porque ningún habitante de la Sierra Sur olvidará jamás lo que pasó al día siguiente, ni aquella noche, ni el día que llegó después.